

HISPANIA



SUMARIO

| | |
|------------------------------------|---|
| PORTADA. | por <i>O. Junyent.</i> |
| TODA LA CARA DE SU PADRE | por <i>Sancha.</i> |
| DON NARCISO OLLER | por <i>Ramon Casas.</i> |
| UN GENIO INCIPIENTE | por <i>Narciso Oller; ilustración de Mas y Fondevila.</i> |
| LOS IRIS. | por <i>J. Triquet.</i> |
| LA SIEGA | por <i>J. Mir.</i> |
| SU CUMPLEAÑOS | por <i>Claudio Omar y Barrera.</i> |
| OLLER, TRADUCIDO | por <i>Pedro Sánchez.</i> |
| VARIEDADES. | |



TODA LA CARA DE SU PADRE.—POR SANCHA



D. NARCISO OLLER.—CARBON POR R. CASAS

UN GENIO INCIPIENTE



ANDO estaba las últimas plumadas en el fleco de la alfombra de su dibujo, cuando sintióse Carlos golpear tímidamente la espalda.

—*Cosa c'è?*— exclamó, sonriendo y apartando apenas los ojos de la faena — Ah! eres tú, hermanita? añadió, inclinándose de nuevo sobre el papel, para dibujar unas pestañas más en el miniado fleco— cómo sigue mamá?

— Ahora descansa, gracias á Dios. Voy creyendo que está mejor.

— ¿Pues no te lo dije esta tarde?... Pero tú te alarmas en seguida... ...y lo peor del caso es que me alarmas á mí también.

Y esto diciendo, seguía Carlos doblado sobre el papel, los bucles de su rubísimo pelo despeñándosele en cascada sobre la frente, abriéndose por los crudos reflejos que lanzaba la amplia pantalla del quinqué de petróleo alumbrando, solo, el círculo de la mesa en que resaltaban el tablero, una colilla apagada y los brazos del pintor. Sus piernas y una buena parte del saco pobrísimo con que abrigaba desaliñadamente su torso, perdíanse en la obscuridad de la sombra que la mesa proyectaba. Lo demás de la estancia, con ser reducidísima, quedaba apenas alumbrado, para poner de manifiesto la estrechez en que vivían sus moradores, pues sirviendo de comedor, no tenía aparador ni alacena, ni más holgura que el espacio indispensable á una mesa para cuatro, y otras tantas sillas como las que había allí, de enea. Adornos no había que buscarlos: cuantos podía Carlos adquirir los tenía en su estudio, uno de los más aparatosos de Roma. Solo rompían la triste monotonía de las paredes de aquel comedor el gabán de pieles y el sombrero alto de Carlos, colgados de una percha allí clavada, más que por raro antojo, por carencia de sitio en el pasadizo que hacía veces de antesala.

— *Bene, benone, bentissimo!* — exclamó el pintor, contemplando su obra á distancia, cargando de negro ciertos toques aquí y allá, acentuando perfiles, prolongando ó ampliando con singular maestría algunas sombras.

En tanto, Adela, su hermana, contemplábase á él, cruzada de brazos, tiritando de frío y sin atreverse á insinuar lo que allí la traía.

— Dí, chiquilla, dime: ¿qué te parece mi dibujo? prosiguió Carlos, levantando de pronto la cartulina y mirándola con ojos encandilados de creador.— ¿Entiendes el asunto? Al acabar la chica de cerrar la carta para su novio, ha entrado la mamá, y al verse aquella sorprendida, ha tirado la carta al suelo, le ha puesto el pie encima y ha mandado á su doncella que le ate el lazo del zapatito. De este modo la correvedile caza la cartita sin que la madre lo note, y etc... ¿Qué título le pondrías tú? Vamos á ver... *La trapionda*. ¿No te parece? Anda mujer, dí, dime algo... Pero ¿qué vas á decirme? Ahora veo: si ni siquiera lo miras! ¡Siempre igual, siempre igual!

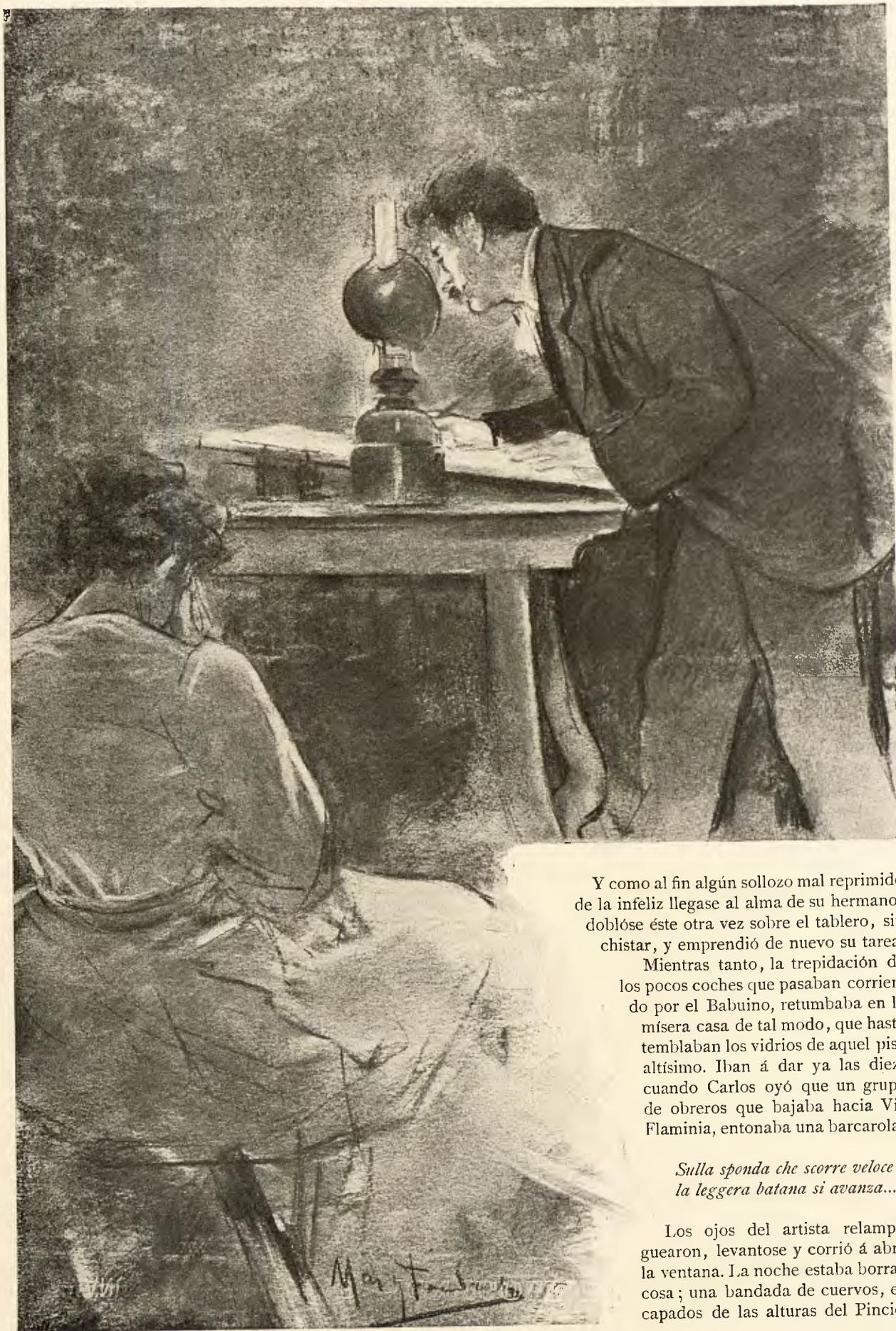
— Hombre, no. No seas injusto conmigo. Estoy pensando que es hora ya de que descanses. Tienes los ojos abotagados. Carlos, tú trabajas demasiado, vas á ponerte enfermo...

— ¡Qué gracia tiene! ¡Eres lo más lagarta! Vaya una excusa como la que se te ha ocurrido. Pero no, á mí no me engañas. Siempre ¡siempre lo mismo! Yo me despachuro para manteneros á todas y... vosotras me lo pagáis así, sin dar valor á mis obras, sin tener fe en mi talento, pero... lo diré una vez más gritando... os equivocáis, os equivocáis, óyelo bien.

— Pero, hombre, si yo...

— Aparta, déjate de hipocresías. Si pensáis que me mamo el dedo, sois muy brutas; si señor, muy bestias. Vuestra indiferencia por mis obras, por mis triunfos, por mis luchas, me es... ya sabes tú si me es conocida... ¡Ah! ¿y lloras? También, también es nuevo esto! No, no la conozco no, esa esponjita de que te sirves tan fácilmente.

Adela, que era una chica desmedrada y de poquísimos alientos, al verse así acometida por su hermano, no pudo más: dejóse caer en la silla más próxima, llorando, no como éste decía, sino con verdadera amargura. ¿Por qué la atropellaba así aquel hermano á quien idolatraba, á quien admiraba más que nadie, por quien diera el alma y la vida sin vacilar? ¿Cómo hacerle entender que, preocupada por la enfermedad de su madre, no estaba esta noche para contemplar los dibujos, ni celebrarlos? Consideraba que su hermano queridísimo no había cenado aún, que se estaba matando como acababa de decirle... que en casa no había un clavo y que, si Carlos enfermaba, ni para la botica tendrían. Porque él era el puntal de la familia, de él dependía la existencia de todos: de la madre, de Delfina, su hermanita, de la misma Adela. Él era más que esto aún; porque era un genio, sí, todo un genio — que esto no lo reconocía él solo; lo veían también ellas; — él era un genio ¿y cómo no velar por su preciosa existencia? Pero aún más: de no admirarlo como tal y de no agradecerle profundamente cuanto por ellas hiciera, ¿podrían acaso aguantarle las continuas veleidades, los arrechuchos y los alardes impertinentes que las echaba en cara á cada momento, sin más causa explicativa que el indómito impulso de su carácter lunático y arrebatado? Bien estaban en Barcelona las tres mujeres, si había de tratarlas así en Roma aquel déspota! ¿Para qué llamarlas? ¿Cómo habrían respondido ellas al llamamiento á no haberlas el cariño y la admiración impelido á aceptar? Harto le conocían, ¡demasiado recordaban sus rabietas de muchacho!... Y era evidente que Carlos, en vez de corregirse, se estaba haciendo de día en día más insoportable, más cruel. « Ah! sí; es un genio, un genio! — repetía en su aflicción la pobre Adela — pero no creo que los genios estén exentos de respetar los sentimientos y la dignidad de los demás. No creo que estén autorizados para insultar á quien depende de ellos, recordándole deudas que el pobre tiene de sobra saldadas, cuando, como nosotras, las ha pagado con lágrimas de sangre! »



Y como al fin algún sollozo mal reprimido de la infeliz llegase al alma de su hermano, doblóse éste otra vez sobre el tablero, sin chistar, y emprendió de nuevo su tarea.

Mientras tanto, la trepidación de los pocos coches que pasaban corriendo por el Babuino, retumbaba en la mísera casa de tal modo, que hasta temblaban los vidrios de aquel piso altísimo. Iban á dar ya las diez, cuando Carlos oyó que un grupo de obreros que bajaba hacia Via Flaminia, entonaba una barcarola:

*Sulla sponda che scorre veloce
la leggera batana si avanza...*

Los ojos del artista relampaguearon, levantose y corrió á abrir la ventana. La noche estaba borrascosa; una bandada de cuervos, escapados de las alturas del Pincio,

atravesó las de la calle, describiendo una parábola, á los gritos de guach! guach! guach! Carlos los miró sonriente alejarse por los cielos y dirigió en seguida la mirada á las profundidades de la calle, por donde discurría aquel coro de obreros que oyerá cantar, permaneciendo arrobado mientras aquellas voces se fueron alejando y apagando, hasta fundirse con los sordos rumores de la Roma moderna. De pronto, una ráfaga de viento frío produjo una llamarada en el quinqué, ahumando el tubo, apestando aquel comedor y botando á la chica de su asiento, llena de espanto.

— *Cosa c'è?* — volvió á exclamar el pintor, cerrando la ventana.

— Nada. Fué el viento — osó responder Adela, no bien segura aún del humor de su hermano.

Pero ya Carlos no estaba para regañar. El aire de la calle había borrado todas las arrugas de su frente, esponjado su rizada barbilla y desvanecido la congestión de sus ojos, otra vez expresivos y penetrantes y echando chispas de entusiasmo.

— Has oído, Adela? No has oído qué hermosa es esa barcarola:

*Sulla sponda che scorre veloce
la leggera batana si avanza...?*

¡Oh, qué pueblo éste! No lo hay más artista en el mundo!... *Sulla sponda che scorre veloce...* ¿En qué otra tierra que no sea Italia... di... pueden cantar los obreros melodías como esta?... Pues digo!... ¿y la letra? La mismísima letra, ¡qué delicada no es!... *Sulla sponda che scorre veloce...* Pero ¿qué es esto? *Bene, benissimo!* ¿Cómo trabajo yo ahora con esta luz?

— Carlos: déjalo para mañana — suplicó Adela. — ¡Si has de estar rendido, hombre! Y además: ¿qué quieres añadir ya á tu dibujo? ¿Por ventura no está acabado? Yo lo veo acabadísimo.

— ¿Tal crees?... — preguntó el pintor, contemplando otra vez la cartulina y repitiendo aquel *Sulla sponda che scorre veloce...*

— ¡Vaya si lo creo! ¡Pero si es magnífico! — exclamó la hermana, abandonando ya todo recelo.

— Aaaaah! Aca-bá-ramos! Por fin lo has mirado... ¿y te parece bien? ¡Alabado sea Dios!

— No solo digo que está bien, hombre, no; digo que es magnífico, como tuyo que es.

De soslayo miró el artista á su hermana, y viéndole en la cara pintada la ingenuidad, abrió los brazos gritando:

— Ven acá, así te quiero, que ya sabes cuanto estimo tu parecer... ¿Ves, mujer, ves? Si hubieses empezado por ahí, te ahorraras el disgusto que has pasado por tu culpa, por la indiferencia ofensiva con que...

— No, Carlos, no. Es que tú te enfadas, sin darla á una tiempo de... Yo venía pensando en nuestra madre, en nuestra pobre madre, que, como ya sabes, me tiene preocupada y...

— ¿Y quién está ahora con ella? ¿Delfina y Jorge? Ahora entraré yo. — Y arrancando las tachuelas que sujetaban el dibujo al tablero se puso á cantar *sta ben... sta ben... sta ben... sta ben!* — añadiendo luego: — ¿Sabes, Adela, que siento un poco de hambre? Á ver si me das algo de comer. Hace más de cuatro horas que hemos abandonado la mesa y hoy, precisamente, no ha pecado de opípara. ¿Verdad?

Una lágrima ardiente asomó á las pestañas de la pobre chica, mientras un sudor frío bañaba todo su cuerpo.

«¿Cómo decirselo, Señor, cómo?» Por fortuna, llamaron á la puerta y pudo, acudiendo, ocultar su turbación.

Quien llamaba era Pepe, el adorador, el ídolatra, el heraldo de la fama de Carlos y á la vez su correvedile. Era otro pensionado, catalán como Carlos, alto, robusto, estudioso, tan pertinaz como inútil para la pintura, tan bondadoso como corto de alcances para llegar á ser en su vida algo más que un imitador servil de sus maestros. Tenía sin embargo la cualidad grandísima de conocerse bien, que no es poco tener, y era, por lo mismo, reverente, como fué siempre, sóbrio por costumbre y económico por cortedad. Su vida, en Roma, era un sacrificio continuo dedicado con el mayor amor á su amigo Carlos, tan mal interpretado por sus compañeros que, quien menos, le motejaba de portero, otros le llamaban paje, los más perro, y no faltaba en la mesa del café Grecco quien se atrevía, al preguntar por él, á tratarle de Antinoo.

Adela le retuvo un momento, para comunicarle sus apuros y encomiarle la necesidad de que Carlos entregase aquella misma noche el dibujo para hacerse con dinero. Pepe, sin despegar los labios, dejó en la mano de la chica veinte liras, y como ésta hiciese ademán de devolvérselas, escapóse el joven, prometiéndole por señas arreglarlo luego.

— Alégrate Carlos! — gritó, entrando en el comedor.

— ¿Acaso te ha caído el premio gordo? — exclamó el otro, sin levantar los ojos del dibujo que estaba ya, de nuevo, contemplando.

Y Pepe, sospechando en seguida que la actitud de su amigo era para atraerle á admirar su obra, corrió á contemplarla, y apoyado en el hombro del autor, prorrumpió en admiraciones y alabanzas. «Que iba á ser cosa buena, habiáselo dicho ya al empezar: pero lo que estaba viendo superaba sus esperanzas. Ya podía arrollar la cartulina y correr á entregarla; nunca Sir Blunt habría comprado una maravilla como esa.» Carlos hacía arrumacos de modestia, le rogaba que no exagerase tanto, aunque disimulando mal el deseo de que insistiese. Pero Pepe no hablaba por hablar, elogiaba de corazón, pues para él siempre la última obra de su amigo era la mejor.

— Qué he de exagerar, chico, ¿por qué he de exagerar? ¿Cómo quieres que me exprese? Hay en la composición una alianza tan feliz de verdad y poesía! Las figuras están tan bien modeladas, tienen una expresión tan natural y viva! Los muebles, las paredes y tapices tanta calidad! ¿Quieres perspectiva más acertada? ...En fin que... es superior; para mí es superior, una obra maestra. Vaya, arrolla, arrolla esa cartulina y vámonos.

Carlos le escuchaba embobado, y sin poder evitar que sus ojos chispeantes sofocasen á menudo con miradas de despecho á su pobre hermana, que permanecía muy quieta á dos pasos de él, esperando la decisión que podía sacar á la familia de su apuro. Al fin, reparando en las prisas del amigo, cuando ya estaba arrollando la cartulina, Carlos pidió explicaciones de ellas.

— Si te empeñas... — contestó Pepe, esforzándose en mentir — Pues, mis prisas obedecen á varias causas. La última, como dijo el otro, es que yo acabé los *monises* y necesito que me prestes...

— Pero ¿quién te ha dicho que no tengo?

— Lo supongo.

Carlos se echó á reír. «Vaya, que tenía talento, que lo había adivinado.»

— Vamos á asaltar al inglés... Pero, espera, espera. He pedido que me dieran de cenar y ésta se calla... *Malum signum!* Vas á ver: yo he de tener bombones.

Y sacando del rico gabán una hermosa bolsa de raso azul con grandes letras doradas, continuó, bromeando :

— Bueno; pero hasta ahora no sé más que el último de tus motivos. Dime los otros... Toma, Adela ¿quieres un *marrón glacé*?

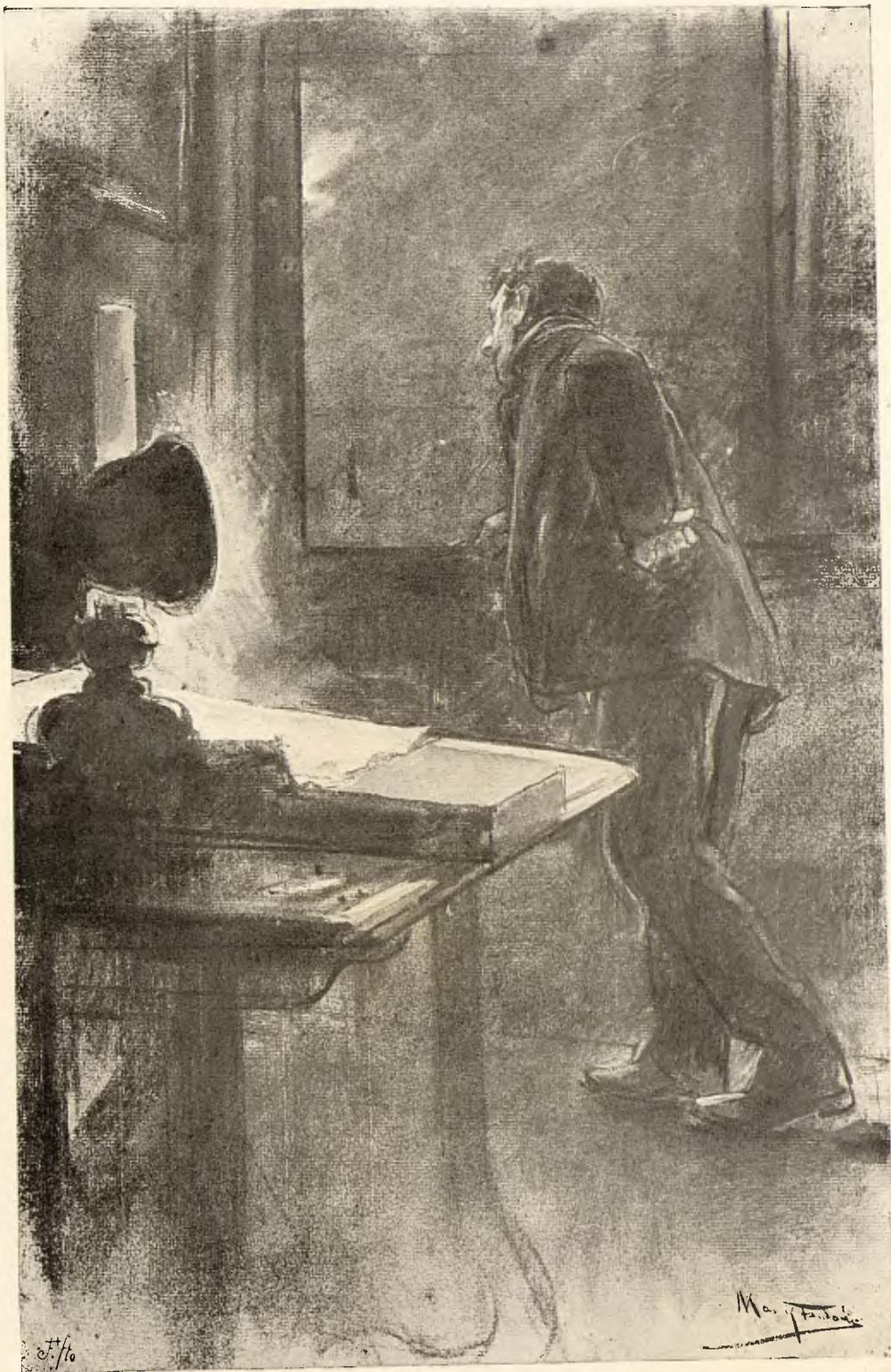
Ésta se excusó, contemplando con tristeza el rasgo de desórden de su hermano. En casa ¡ni un céntimo, la madre enferma y él gastando en golosinas caras! Pero no tardó Adela en culparse á sí misma de este despilfarro: como otras mil veces, como siempre, ¿no había ahora ocultado á su hermano los apuros de la casa? ¡Era tan doloroso para ella aumentar las amarguras de aquel *genio* tan mal apreciado, tan mal tratado por la suerte! Carlos trabajaba día y noche sin descanso, su pincel producía maravillas... pero el público las rehusaba suponiéndolas caras, y de las diez ó doce acuarelas, magníficas, que exponía al año, vendía solo dos ó tres, las más baratas. Con el producto de estas ventas y el de algunos dibujos había el pobre de sostenerlo todo: piso, familia, estudio, y hasta aquel lujo exterior que le imponía el mundo y de que su misma vanidad no podía prescindir. Bendito aún el lunatismo aquel de su carácter que permitía al infelíz pintor horas de alegría loca, y que eran como compensación celestial de las feroces murrias que invadían su espíritu días enteros.

— Ea, tén, toma tú, Pepe. Á Adela, á esta chiquilla tan sentimental — no tan juiciosa, no — tan sentimental, déjala estar: es nuestra pesadilla. Ya lo has visto: hoy no he ido al estudio, no he salido de casa, preocupado por el estado de mamá, ¿gracias á qué? Pues gracias á las exageraciones de esta chica. Cuando vino el médico, he visto confirmado mi dictamen. Y yo, como un bendito, oyendo á ésta me había, á pesar de todo, llegado á alarmar! Pero, ea, dime: ¿qué hay de nuevo? ¿qué ha pasado en mi estudio?

Sin acordarse ya del dibujo que conservaba arrollado en la mano, repantigóse en una silla, apoyando el respaldo en la pared, y atracándose de bombones, dispúsose á oír al amigo que se había sentado sobre la mesa.

— Pues empiezo... pero asegúrate bien, Carlos, asegúrate bien, que es muy gordo lo que voy á decir... Pues digo, que... ha estado allí... ¡asegúrate, asegúrate, asegúrate!... Goupil, el mismísimo Goupil.

— ¡Cómo, Goupil! — exclamó el pintor, casi lívido de coraje, hundiendo los dedos de su diestra en la enredada

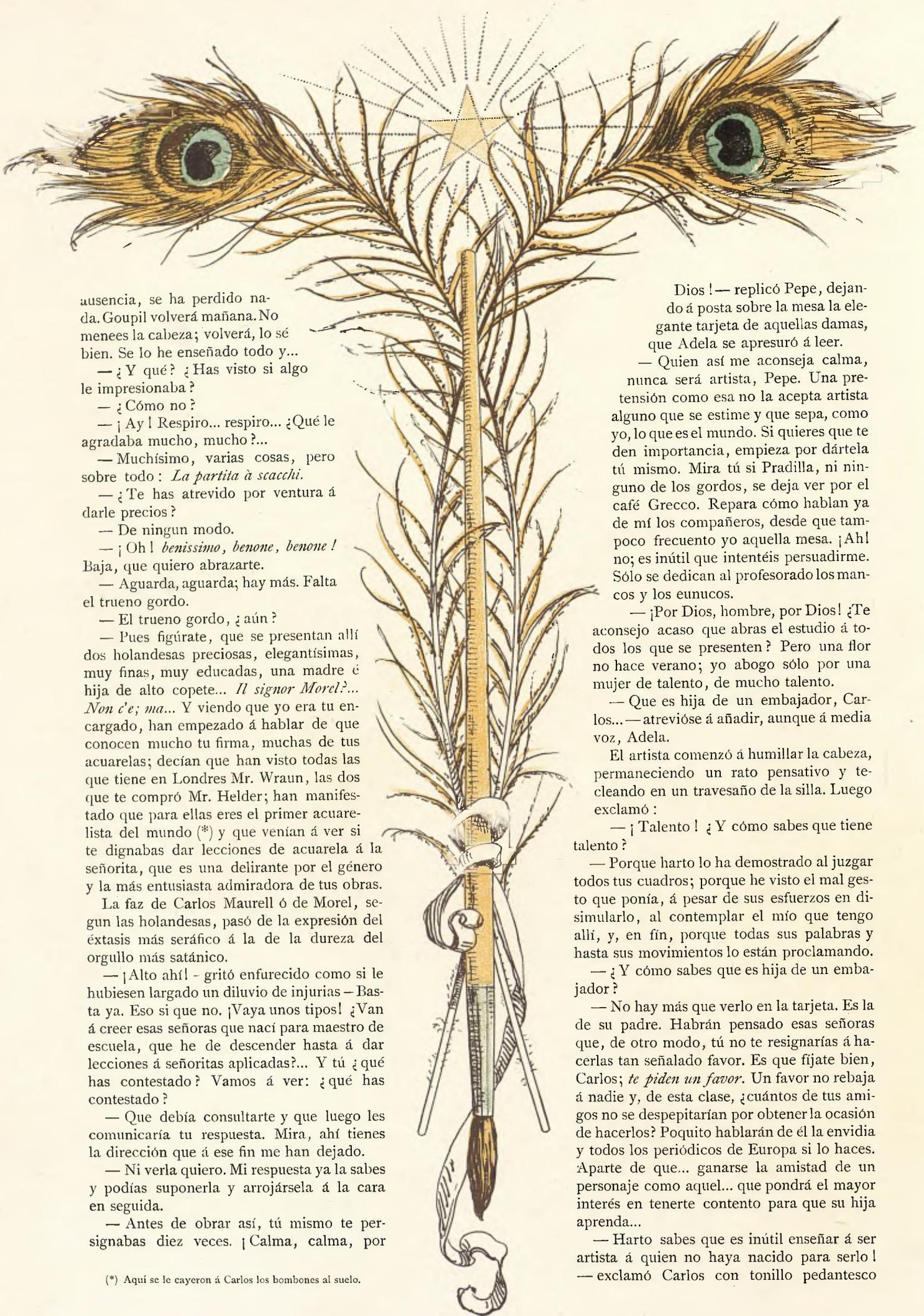


madeja de los rizos que se le despeñaban por la frente — ¡Goupil en mi estudio, y yo aquí, en casa, detenido por esta majadera! ¿No lo ves, Adela, no lo ves?

— Hombre, deja que acabe, por Dios! No atropelles así á tu hermana. Pues para que lo sepas: anoche, viendo el calenturón de tu madre, tampoco yo me las prometía tan felices.

— Si es sencillamente el reuma.

— ¡Ah! ¿y tú crees que el reuma no puede?... Pero en fin no se hable ya de esto; déjame decir que no, por tu



ausencia, se ha perdido nada. Goupil volverá mañana. No menea la cabeza; volverá, lo sé bien. Se lo he enseñado todo y...

— ¿Y qué? ¿Has visto si algo le impresionaba?

— ¿Cómo no?

— ¡Ay! Respiro... respiro... ¿Qué le agradaba mucho, mucho?...

— Muchísimo, varias cosas, pero sobre todo: *La partita à scacchi*.

— ¿Te has atrevido por ventura á darle precios?

— De ningún modo.

— ¡Oh! *benissimo, benone, benone!* Baja, que quiero abrazarte.

— Aguarda, aguarda; hay más. Falta el trueno gordo.

— El trueno gordo, ¿aún?

— Pues figúrate, que se presentan allí dos holandesas preciosas, elegantísimas, muy finas, muy educadas, una madre é hija de alto copete... *Il signor Morel?*... *Non c'e; ma...* Y viendo que yo era tu encargado, han empezado á hablar de que conocen mucho tu firma, muchas de tus acuarelas; decían que han visto todas las que tiene en Londres Mr. Wraun, las dos que te compró Mr. Helder; han manifestado que para ellas eres el primer acuarelista del mundo (*) y que venían á ver si te dignabas dar lecciones de acuarela á la señorita, que es una delirante por el género y la más entusiasta admiradora de tus obras.

La faz de Carlos Maurell ó de Morel, según las holandesas, pasó de la expresión del éxtasis más seráfico á la de la dureza del orgullo más satánico.

— ¡Alto ahí! - gritó enfurecido como si le hubiesen largado un diluvio de injurias - Basta ya. Eso si que no. ¡Vaya unos tipos! ¿Van á creer esas señoras que nací para maestro de escuela, que he de descender hasta á dar lecciones á señoritas aplicadas?... Y tú ¿qué has contestado? Vamos á ver: ¿qué has contestado?

— Que debía consultarte y que luego les comunicaría tu respuesta. Mira, ahí tienes la dirección que á ese fin me han dejado.

— Ni verla quiero. Mi respuesta ya la sabes y podías suponerla y arrojársela á la cara en seguida.

— Antes de obrar así, tú mismo te persignabas diez veces. ¡Calma, calma, por

Dios! — replicó Pepe, dejando á posta sobre la mesa la elegante tarjeta de aquellas damas, que Adela se apresuró á leer.

— Quien así me aconseja calma, nunca será artista, Pepe. Una pretensión como esa no la acepta artista alguno que se estime y que sepa, como yo, lo que es el mundo. Si quieres que te den importancia, empieza por dártela tú mismo. Mira tú si Pradilla, ni ninguno de los gordos, se deja ver por el café Grecco. Repara cómo hablan ya de mí los compañeros, desde que tampoco frecuento yo aquella mesa. ¡Ah! no; es inútil que intentéis persuadirme. Sólo se dedican al profesorado los mancos y los eunucos.

— ¡Por Dios, hombre, por Dios! ¿Te aconsejo acaso que abras el estudio á todos los que se presenten? Pero una flor no hace verano; yo abogo sólo por una mujer de talento, de mucho talento.

— Que es hija de un embajador, Carlos... — atrevióse á añadir, aunque á media voz, Adela.

El artista comenzó á humillar la cabeza, permaneciendo un rato pensativo y teclando en un travesaño de la silla. Luego exclamó:

— ¡Talento! ¿Y cómo sabes que tiene talento?

— Porque hartó lo ha demostrado al juzgar todos tus cuadros; porque he visto el mal gesto que ponía, á pesar de sus esfuerzos en disimularlo, al contemplar el mío que tengo allí, y, en fin, porque todas sus palabras y hasta sus movimientos lo están proclamando.

— ¿Y cómo sabes que es hija de un embajador?

— No hay más que verlo en la tarjeta. Es la de su padre. Habrán pensado esas señoras que, de otro modo, tú no te resignarías á hacerlas tan señalado favor. Es que fijate bien, Carlos; *te piden un favor*. Un favor no rebaja á nadie y, de esta clase, ¿cuántos de tus amigos no se despeparían por obtener la ocasión de hacerlos? Poquito hablarán de él la envidia y todos los periódicos de Europa si lo haces. Aparte de que... ganarse la amistad de un personaje como aquel... que pondrá el mayor interés en tenerte contento para que su hija aprenda...

— Harto sabes que es inútil enseñar á ser artista á quien no haya nacido para serlo! — exclamó Carlos con tonillo pedantesco

(*) Aquí se le cayeron á Carlos los bombones al suelo.

y hasta un tanto ofensivo para su inmejorable amigo.

— Fuera de duda está; pero la chica puede vivir ilusionada, y si su padre la adora ella como es de suponer, no digo el empeño que pondrá en complacerte, cuando necesites de él. Es di-plo-má-ti-co, hombre influyente, amigo de los jefes de partido y de los Cresos de la Roma moderna.

— Pues, ni así he de descender yo hasta convertirme en preceptor de su hija.

— ¡Qué disparate! Ya lo meditarás. Mientras tanto, vamos, vamos á ver á sir Blunt. Una vez hayas pensado despacio en lo otro, ¿quién sabe si hasta verás la posibilidad de casarte... *morganáticamente* con?...

— Cállate, majadero! — dijo el aludido, abandonando la silla para, con un par de golpecitos cariñosos en la cara de su amigo, premiarle la intención de este último piropo.

Pidió un cepillo, empezó á acicalarse sin despegar los labios, evidentemente preocupado, y, al ponerse el gabán de pieles, para captarse disimuladamente el apoyo de su hermana, prorrumpió:

— Bueno ¿y qué? ¿qué te parece á tí de todo esto?

— Vas á reñirme ó no?

— Harto has dicho ya. Con que bien, ¿eh?

— Creo, pobre de mí, — añadió Adela — que todo lo que te pueda procurar dinero sin rebajarte, y esto no te rebaja, debes aceptarlo. Mamá está delicada, Delfina y yo no podemos ayudarte.

Carlos no la dejó continuar; de un empujón se la quitó de delante, y calándose nerviosamente el sombrero de copa é irguiendo cuanto pudo la cabeza, estalló, diciendo:

— Pues te equivocas, os equivocáis los dos. Mi estudio no será nunca un colegio, ni yo descendería á aceptar la condición de maestro de escuela, aunque nos muriésemos todos de hambre. Pero mañana iréis á decir á la holandesa, que *por reciprocidad*, entendedlo bien, *por reciprocidad de consideración*, por *cortestía*, por *el respeto que ha sabido merecerme esa señorita comprendiendo tan bien mis obras...* ¿lo entendéis?... *por esto y nada más, me tiene á su disposición*. Y la daré lecciones; pero *de balde*. Ea! Esto sí; lo otro no.

Pepe y Adela cambiaron una mirada de conmiseración, mordiéndose la lengua, como cada vez que veían al Júpiter de su Olimpo fruncir el ceño. Y éste, emprendiendo de repente á su hermana, pidióla dinero:

— Porque vale la pena de que esas novedades que me traes, las celebremos ¿verdad, Pepe?... ¿Pero qué haces? ¿Vas á tomar el dibujo? No, no. Ya es demasiado tarde, no quiero que sir Blunt vaya á figurarse que no tengo para cenar. Déjalo, déjalo; ya veré yo al inglés, mañana ú otro día.

— No, Carlos — replicó Pepe — mañana Goupil irá al estudio, tú no podrás moverte. Deja que yo lo lleve y lo entregue mañana á sir Blunt.

Entretanto, Adela, sorbiéndose una lágrima, entregaba á su hermano el dinero recibido de Pepe. Y como éste se interpusiese, diciendo que quería pagar él, que lo de su inopia fué una broma y nada más, Carlos lo apartó de sí y, más erguido que nunca, tomó las liras de Adela.

— He dicho que pago yo, y no hay que discutirlo. Se trata de celebrar triunfos míos — dijo. Y volviéndoles la espalda, dirigióse al cuarto de su madre.

Pepe aprovechó esta coyuntura para, quieras que no quieras, obligar á Adela á tomar un billete de banco.

— ¡Fíjese V., por Dios! Figúrese V. que ahora pagase yo la cena como quería hacer... ¿no sería lo mismo?

— Siempre será V. nuestro paño de lágrimas. Es V. un angel! — exclamó Adela, secándose las lágrimas con el delantal.



Pero oyendo que se acercaban Carlos y Jorge, se esforzó en disimular. Aquel *genio en ciernes* convidaba también al novio de Delfina.

— Vamos ya — dijo radiante y echándose en seguida á cantar:

*Sulla sponda che scorre veloce
la leggera batana si avanza...*

Y tras él, con el cuello de la americana desdoblado, el felpo al cogote, las manos dentro de las faltriqueras del pantalón, humildes como dos pajecitos, bajaron los idólatras del *genio*, la escalera de aquel Olimpo.

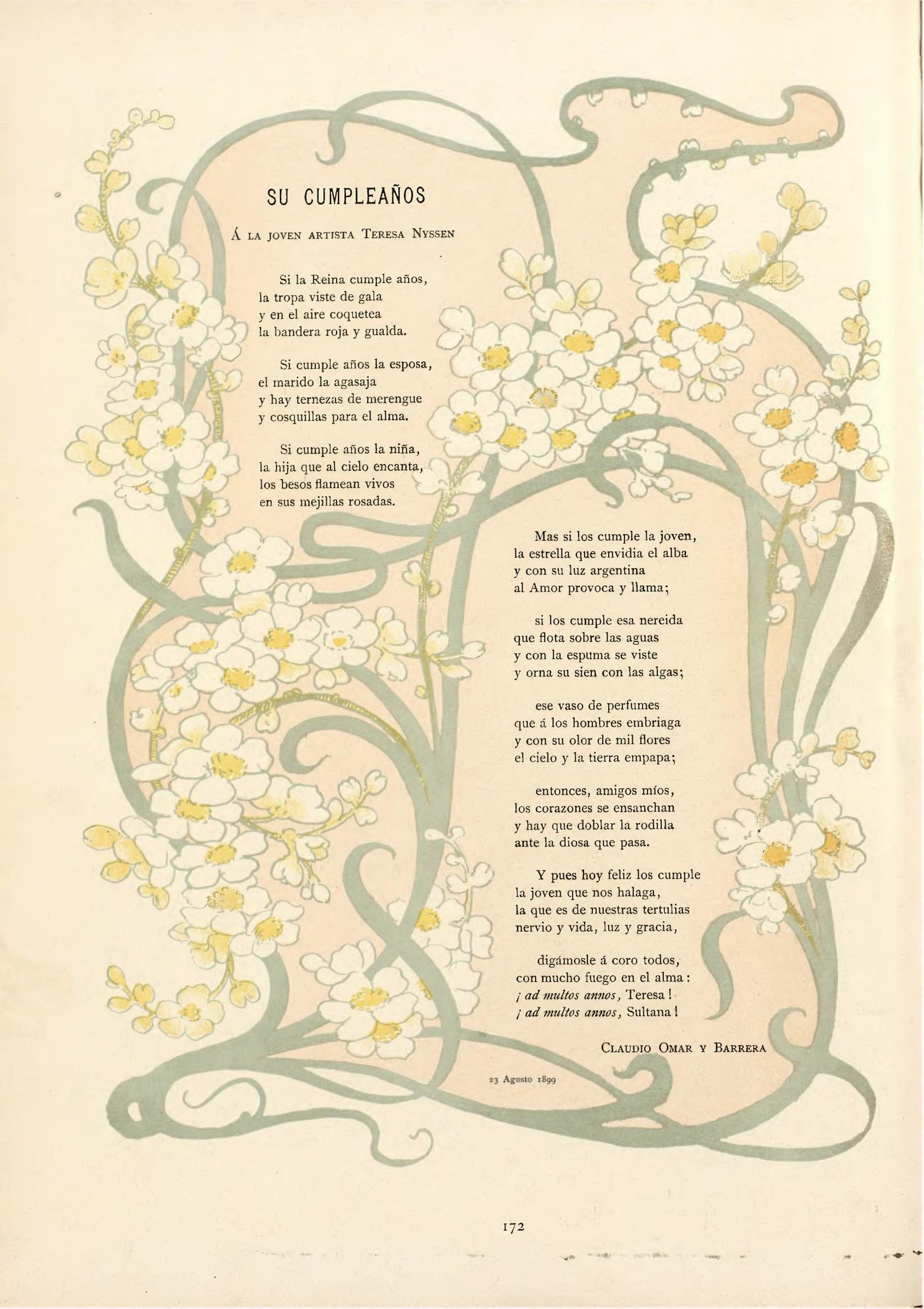
NARCISO OLLER



J. TRIQUET. — LOS IRIS. (N. D. Fot.)



J. MIR.—LA SIEGA



SU CUMPLEAÑOS

Á LA JOVEN ARTISTA TERESA NYSEN

Si la Reina cumple años,
la tropa viste de gala
y en el aire coquettea
la bandera roja y gualda.

Si cumple años la esposa,
el marido la agasaja
y hay ternezas de merengue
y cosquillas para el alma.

Si cumple años la niña,
la hija que al cielo encanta,
los besos flamean vivos
en sus mejillas rosadas.

Mas si los cumple la joven,
la estrella que envidia el alba
y con su luz argentina
al Amor provoca y llama;

si los cumple esa nereida
que flota sobre las aguas
y con la espuma se viste
y orna su sien con las algas;

ese vaso de perfumes
que á los hombres embriaga
y con su olor de mil flores
el cielo y la tierra empapa;

entonces, amigos míos,
los corazones se ensanchan
y hay que doblar la rodilla
ante la diosa que pasa.

Y pues hoy feliz los cumple
la joven que nos halaga,
la que es de nuestras tertulias
nervio y vida, luz y gracia,

digámosle á coro todos,
con mucho fuego en el alma:
¡ ad multos annos, Teresa !
¡ ad multos annos, Sultana !

CLAUDIO OMAR Y BARRERA

23 Agosto 1899



NOTAS LITERARIAS

OLLER, TRADUCIDO



SEGURAMENTE, hace poco, al publicarse la traducción castellana de *L'Escanya-pobres*, editada con tanto esmero por Gili, los admiradores de Narciso Oller, que deben ser muchos, han debido tener una alegría muy grande, pues yo juzgo por mí á los demás; *pero...*, por este mismo juicio, de seguro también, ninguno ha sentido completa, absoluta satisfacción, y todos han debido quedarse como á media miel, deseando, ó esperando, *algo más*.

Es cierto que *L'Escanya-pobres* es una novelita de las buenas, á ratos casi de las mejores, un sagacísimo estudio psicológico; que la traducción de Altamira, en general, en muchas páginas, es excelente, fidelísima, verdadera traducción literaria; que fuera de Cataluña, en el resto de España, aquella era quizás la obra menos leída, menos conocida de Oller; pero, por dicho: todos estos méritos y condiciones, que explican aquella complacencia, no pueden evitar que al que «conozca» á Oller *entero*, y así le estime como uno de los buenos escritores españoles, le deje esta traducción, amargándole el placer, con sentimiento hondo, tristísimo, de desencanto final y ambición no saciada.

Esta noble ambición, para mí, para muchos que releemos á Oller, llega, ó llegaba hace tiempo, hasta desear una traducción completa de sus libros, una *edición castellana* de todas sus obras, para que, como por los cultos del extranjero, se vea claramente en toda España, hasta por el vulgo, que Pereda, Galdós y Valera cuentan con más auxiliares que con los que generalmente se cree, en la suprema empresa de cultivar con gloria la novela na-

cional; y de esta suerte, ansiando tanto, casi popularizar á Oller en *toda* la patria, no es extraño que, al leer *El Esgaña-pobres*, ó encontrarle en la librería, las lamentaciones hayan subido de punto, tanto como el contento, y la verdad, para decirlo de una vez, que tanto ó más que á celebrar el *suceso* que debemos á Altamira y á Gili, y por lo mismo que con lo que dán hacen pensar en lo que se guardan, se hayan detenido muchos á deplorar mentalmente, en honor de Oller, que se haya traducido ahora tan poco, tan *poca cosa...* relativamente, por supuesto.

Por mucho que valga *L'Escanya-pobres*, y lo vale, es innegable, y por mucho que guste la reciente traducción, que gusta y debe gustar, no se puede ocultar, en justicia, que Oller ha escrito varias obras mejores; que estas, naturalmente, gustarían mucho más, y más aun, que no se revelan en aquella, tan firmes, definidas y potentes como en otras, el genio y el estilo peculiarísimos de Oller, aunque también admiren en ella lo sutil del análisis y el vigor y lo pintoresco de la frase. Por tanto, por esas y otras consideraciones que ahora no son del todo oportunas, no hay más remedio, como lógica consecuencia, que, sin resignarse á dolerse, forzosa y sinceramente, y reiteradamente, hasta cansar, de eso, de lo incompleto del obsequio, *reducido*, sin duda, por las eternas «exigencias editoriales» de España, que nunca prestan por entero un servicio, reclamar, á la vez, sobre todo, encarecidamente, nuevas traducciones castellanas de Oller, pidiendo casi á gritos *luz, más luz*, á Gili ó á cualquiera de sus colegas, y advirtiendo de paso á cuantos no saben leer catalán, para impedir juicios precipitados y erróneos, que Oller es todo lo que muestra *El Esgaña-pobres*, pero mucho más todavía.

Desde *La Papallona* acá... mejor dicho, desde *La Ma-*

riposa hasta *Figura y Paisatge*, Oller ha escrito varias obras excelentísimas, notables, que aventajan en muchos conceptos á *L'Escanya-pobres*, especialmente en el de retratar al autor de cuerpo entero. Pues una de ellas, *Vilaniu*, aquel *gran galeoto* agigantado, que agigantó á su vez á *Isabel de Galcerán* con hacer resonar el «coro» á su alrededor, ni más ni menos que el mismo autor puede hacer el mejor día con su Olegario agrandando y animando el *escenario* de Prاتبell; ú otra, *La Febre d'or*, más rica, más varia y más extensa, más estudiada y más *honda*, con parte de las ternuras y delicadezas de *El Nabab* y algo de las grandezas y las descripciones de *L'Argent...*, una de ellas, cualquiera, *Vilaniu*, si es que no hay quien se atreva con la fortuna y las desgracias de Gil Foix, ó, por mejor decir, no hay editor que se convenga en términos justos con el simpático *Juan Buscón*, es la que se debería ahora traducir al castellano, cuanto antes, atropellando con las exigencias de arriba. Y ¡ah! lo de arriba también: entonces verían, verán, aquellos lectores aludidos, si es ó no mucho más que el ingenio, la observación, el *orden* y la expresiva sobriedad de *El Esgaña-pobres*, las singulares facultades creadoras y literarias que resplandecen en esas otras novelas, las cuales, principalmente, aún más que las preciosas colecciones de los *quadros en prosa*, son las que hacen del estimadísimo novelista uno de nuestros primeros escritores, presentándonos, *íntegro*, al agudo, sutil, brioso, concienzudo y *gráfico* Oller que admiramos de todas veras.

L'Escanya-pobres, en conjunto, es un estudio pasional meritísimo, acabado; parcialmente, en episodios y detalles, abunda en bellezas, en oro de ley; aquella *viva*, rápida, más que pintoresca descripción del segundo capítulo, el paso del tren, parece la verdad misma; la muerte del notario, el *incidente* de la mortaja, aquel terrible contraste de cruel inhumanidad inconcebible y caridad sencillísima, espantan, conmueven extraordinariamente; la boda de Olegario, aquella *mañana de Abril*, aquellas punzantes ironías, llegan al alma, hasta hacen llorar; los días, las escenas de La Coma, el discutirse si sería ó no el avaro aquel jinete que se acercaba á ella, producen honda impresión, innarrable, una de esas emociones que no se olvidan... en fin, tanta menudencia apuntada y á la vez tanta concisión y sobriedad, tanta claridad y tan ordenada sencillez, tanta observación sagacísima y tanta ternura disimulada, hacen el libro sumamente interesante, emocionante, *sugestivo*, de grande y duradero efecto; pero... ¡otro! que un *pero* continuado es la vida, con valer tan-

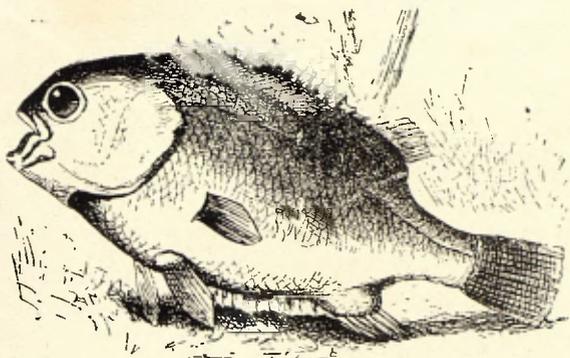
to y tanto la novela, cuanto se dice, es fuerza repetir otra vez, porque justicia obliga, que Oller vale mucho más. La misma índole de aquella, el objeto con que se escribió, el modesto fin artístico que Oller se propuso, la quitan, indiscutiblemente, no mérito, pero sí valor, *importancia*, aun sin pararse á examinar, en ella misma, que la repugnante y horrible Tula, digna del *primer* Torquemada de Galdós, obscurece demasiado al protagonista desde mucho antes del secuestro; y así, limitada á pocas páginas, reducido el campo, reducido con ello el mismo intento del autor, no revela ni puede revelar *El Esgaña-pobres* toda la fresca imaginación, toda la observación íntima y penetrante, todo el poder de asimilación y de expresión, toda la fuerza cómica y dramática, que, natural y sencillamente, siempre sin rebuscos ni efectismos, siempre con asombrosa *simplicidad*, siempre con conciencia y con método, triunfan, y brillan, no ya en *Vilaniu*, y en *La Febre d'or*, en cuyos argumentos y extensión ha cabido de todo, sino en las colecciones de los *quadros*, anteriores y posteriores á los Juegos Florales en que *L'Escanya-pobres* obtuvo el premio.

Venga, pues, venga, sí, cuanto antes, para que todos los españoles conozcan bien á Oller, la traducción castellana de *Vilaniu* ó de *La Febre d'or*; venga si no, si es más hacedero, si parece más fácil á los editores, una traducción, *escogida, combinada* cuidadosamente, de sus mejores *quadros*; tradúzcanse bien *Lo bailet del pá, Lo trasplantat, los Recorts de noy, L'indiscreció, La pitjor pobresa, La Bofetada, Los pardals de la Rambla*, tantas otras que ahora no recuerdo por el título; y puede, puede que esto sea lo mejor: hacer una especie de *antología* castellana del Oller cuentista y *costumbrista*, de los *Croquis*, las *Notas de tots colors* y *Figura y Paisatge*, combinando bien los cuadros, alternando los cómicos con los patéticos y los *reales* con los inventados. El caso es que Gili, que Altamira, no se contenten con *El Esgaña-pobres*, y que en Madrid, en Sevilla, en Salamanca, en León, los que conozcan los *originales* de Oller y hayan olvidado algo *La Mariposa*, vean, como tantas veces queda dicho, que en el *mundo hay más*, y mucho más que leer á los rusos y franceses traducidos. Dificultosilla será la empresa, algo difícil la traducción, convenido: la lengua de Oller es un catalán *reconcentrado*: pero nunca han faltado ni faltarán fuerzas á Cataluña para los grandes empeños, y demasiado sabe toda ella, que Narciso Oller es una de sus mayores glorias.



P. DUBOIS.—RECUERDO. (E. F. Fot.)

PEDRO SÁNCHEZ



EL ANABAS

LOS PECES TREPADORES

De tales se puede calificar á los anabas, notables por su organización y sobre todo por una particularidad que han dado á conocer dos observadores dinamarqueses. Estos peces, que viven en los mares de la India oriental, tienen la costumbre de trepar á ciertos árboles y alimentarse del agua acumulada en sus hojas. Uno de los citados observadores dice que cogió uno de dichos anabas en la abertura de la corteza de una palmera que había cerca de un estanque. El anabas se hallaba á cinco pies sobre el nivel del agua y esforzábale por subir más aún, á cuyo efecto se sostenía en la corteza valiéndose de las espinas de sus opérculos, doblaba la cola, cogíase con las espinas de la aleta anal, y desprendiendo entonces su cabeza, elevábase así y se agarraba de nuevo para repetir la misma operación. El naturalista John hace un relato semejante, expresándose en estos términos: «Es un pez que permanece de ordinario en el cieno de los estanques, que se arrastra fuera de ellos por espacio de algunas horas por medio de las inflexiones de su cuerpo, y que con el auxilio de sus opérculos dentados en forma de sierra y de las espinas de sus aletas, trepa por las palmeras situadas á orillas de los estanques, por las que corre el agua acumulada en la copa por las lluvias. Por tal cualidad se ha dado á estos peces en el país el nombre de *pannei-eri* ó sea *trepadores de árboles*.»

Á pesar de estas aseveraciones, otros naturalistas no hacen mención de circunstancia tan extraordinaria; sin embargo, todos están contestes en asegurar que el anabas es uno de los peces que viven más tiempo fuera del agua, que se arrastra horas enteras por el suelo, y que los pescadores le tienen cinco ó seis días en un cesto llevándolo vivo al mercado de Calcuta.

ORIGEN DE LOS PRINCIPALES METALES

Sin pretender trazar una estadística completa que, á pesar de su interés, no podría menos de ser árida, resumiremos en pocas palabras las indicaciones más recientes sobre la producción de los principales metales usuales.

El oro, que es el más precioso si no el más útil, procede ahora en gran parte del Africa del Sur, que excede hoy en producción á los Estados Unidos. Estas dos regiones

y la Australasia dan cada una por su parte un quinto de la producción total, siguiendo luego Rusia, que da un décimo. En cuanto al hierro, los Estados Unidos figuran á la cabeza, seguidos por la Gran Bretaña y Alemania, y después por España, Luxemburgo, Francia, Rusia y Austria. España es el país productor por excelencia del plomo, y da dos veces más que Alemania; pero los Estados Unidos suministran casi tanto como nuestra patria. En lo que hace á la plata, estos últimos ocupan el primer puesto, siguiendo luego Méjico; la Australasia, Bolivia y Alemania juntas proporcionan el equivalente de lo que sale del suelo norteamericano. La península de Malaca ocupa un puesto predominante en la producción del estaño, por cuanto da los $\frac{2}{3}$ de lo que absorbe el mercado; con las demás posesiones británicas, la proporción es de los $\frac{3}{4}$. Puede decirse que la mayor parte del zinc procede de Alemania, pues los Estados Unidos lo producen en corta cantidad. Agreguemos por último que España tiene casi el monopolio del azogue.

LA FECUNDIDAD DE LOS PECES

La fecundidad de los peces es asombrosa. Su multiplicidad excedería á cuanto se puede imaginar si no se opusieran á ello mil causas de destrucción. Un número inmenso de gérmenes perecen antes de salir á luz; las corrientes los dispersan, los temporales los estropean, el sol los seca y de tantos huevos apenas sale un ser viviente de cada ciento. Millares de pececillos son devorados, y cantidades innumerables de adultos sirven de pasto á otros peces, aves, animales y al hombre mismo.

Se ha calculado que las especies siguientes ponen:

| | |
|---------------------------|---------------|
| Salmonetes | 81,586 huevos |
| Sollos | 100,000 — |
| Escombros | 547,000 — |
| Carpas | 700,000 — |
| Esturiones | 1.468,000 — |
| Palayas | 6.000,000 — |
| Rombos | 9.000,000 — |
| Mujoles ó lisas | 13.000,000 — |

El bacalao, uno de los peces de que mayor consumo se hace, particularmente en España, es asimismo notable por su fecundidad. Leuwenhoek ha calculado que una sola hembra puede poner 9.384,000 huevos. Otro observador ha contado hasta once millones. Así se comprende que á pesar de la encarnizada persecución que se le hace, particularmente en los bancos de Terranova, su pesca no merme de año en año.

El arenque, pez del que asimismo se hace gran consumo, no es tan fecundo. El número de huevos que pone la hembra varía entre 20,000 y 70,000.

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60